

BERTHOUD Jean-Marc - Reflexión bíblica y retórica griega

R. J. Rushdoony, *El neoplatonismo, La huida de todo lo que es humano: Un estudio de la influencia del neoplatonismo en la fe cristiana*. The Craig Press, Nutley, 1973

Este pequeño libro, pequeño en tamaño pero no en alcance, examina una oposición propia de toda la teología moderna heredada del dualismo kantiano, fruto lejano del neoplatonismo. En una decena de capítulos, más dos pequeños apéndices, "Neoplatonismo y feminismo" y "Neoplatonismo y economía", Rushdoony analiza en profundidad una herejía que ha acompañado a la historia cristiana como su sombra destructiva.

Partiendo del examen del neoplatonismo como tal, el autor pasa de la concepción del hombre como idea pura a la de un ideal sin pasiones ni emociones, hasta las implicaciones de tal filosofía para la psicología humana. Luego, en dos capítulos dedicados al poeta puritano estadounidense del siglo XVII, Michael Wigglesworth, Rushdoony muestra las consecuencias de este ideal desencarnado en la realidad de la vida de un hombre. Este pequeño libro termina con dos capítulos dedicados a la relación entre el puritanismo y el neoplatonismo y a las implicaciones de una ideología docetista tan desencarnada—que rechaza la materia y el cuerpo—para el hombre moderno.

Siempre nos sorprende la forma en que Rushdoony consigue, en unas pocas palabras bien elegidas, resumir realidades complejas con gran claridad. Escuchemos algunos extractos de su Introducción para dar al lector el deseo de profundizar en la lectura de este pequeño libro. Hablando de la importancia de la historia para los estudios teológicos, Rousas Rushdoony escribe:

Aunque todo estudio teológico debe estar dotado de solidez intelectual y exegética, también debe tener un carácter práctico: debe relacionarse con el campo de batalla del pensamiento y la acción humanos. Un estudio teológico es, por tanto, también un acto de exorcismo intelectual, un esfuerzo por expulsar a los espíritus malignos que animan el pensamiento herético, y por tanto debilitador, que debilita e incluso paraliza la vida humana y la comprensión de la Palabra de Dios (p. 1).

Hablando de la naturaleza del pecado, Rushdoony vuelve a escribir

Según las Escrituras, no fue la carne del hombre, su naturaleza corporal solamente la que cayó por la caída de Adán, sino todo el hombre. La doctrina de la depravación total del hombre significa que el alcance de la caída es total, que todos los aspectos del ser del hombre están marcados como manchados por el pecado, y que la fuente del mal para él está en su "corazón", por lo tanto en su mente, en su naturaleza y en su ser. Buscar refugio en el espíritu para escapar de la carne no es otra cosa que buscar la santidad en la misma capital del pecado. Porque fue—y es—el deseo del hombre de ser como Dios, de convertirse en su propio dios, determinando para sí mismo el bien y el mal, que es la esencia misma del pecado original (Génesis 3:5) (pp. 2-3).

Rushdoony concluye su introducción con estas palabras:

Las fuentes del ascetismo tenían profundas raíces en los propios principios del mundo pagano. Y estos principios están a su vez entrelazados con la filosofía neoplatónica, desde la

que penetraron en la Iglesia cristiana. Según Porfirio (Vita Plotini I), el filósofo pagano Plotino se avergonzaba de tener un cuerpo. La sexualidad morbosa y sádica del ascetismo tenía su contrapartida en el paganismo, siendo tan morbosa y masoquista como la del mundo profano romano. Ambos tuvieron su origen en este punto de vista filosófico idealista neoplatónico. Una comprensión adecuada del neoplatonismo es, por lo tanto, una necesidad urgente para entender bien algunos de los problemas crónicos de nuestra civilización occidental (p. 5).

Rushdoony no se contenta, pues, con un simple análisis teórico, filosófico y teológico de los efectos del neoplatonismo, esa negación de la realidad del mundo y del cuerpo humano tan cercana al pensamiento gnóstico. Pero sí se propone (y ésta es probablemente la parte más original y útil de este pequeño libro) examinar las consecuencias prácticas para el cristiano en diversos campos—principalmente los de la psicología y la política—de una adhesión dualista y pietista a la espiritualidad neoplatónica. Incluso nos proporciona una ilustración concreta, a modo de medallón, en la persona del teólogo y poeta puritano estadounidense Michael Wigglesworth (1631-1705), en quien percibimos muy claramente el carácter destructivo de este rechazo del cuerpo y del mundo material.

Pero no perseguiremos esta lectura comentada de nuestro libro, dejando al lector el placer de descubrirlo por sí mismo. En el resto de esta introducción, intentaremos más bien retomar y continuar la reflexión de Rousas John Rushdoony—unos cuarenta y cinco años más tarde—llamando la atención del lector sobre ciertas consecuencias, distintas de las evocadas por él, del neoplatonismo en la cultura y la civilización de Occidente, en primer lugar con respecto a la filosofía idealista de Immanuel Kant. A continuación, trataremos de mostrar el carácter fundamentalmente neoplatónico y dualista—tan opuesto al orden de una creación ordenada a nuestra inteligencia concreta y a nuestra sensibilidad plenamente humana—de la empresa tecnológica y científica moderna, una aventura muy ambigua, a la vez tan beneficiosa, pero también portadora de tan grandes peligros.

Hablemos primero de Immanuel Kant. En su búsqueda de una filosofía basada en la adhesión incondicional al cosmos hipotético de las nuevas ciencias, Kant llegó a dividir la realidad según el esquema del dualismo neoplatónico, pero invertido, entre el noúmeno divino, que es incomunicable, y los fenómenos percibidos a través del prisma necesario de las ciencias matemáticas. Para Kant, este último representa la única forma verdaderamente fiable de conocimiento intelectual. En efecto, son capaces de captar un aspecto de la realidad a través de la razón científica, pero siempre en una orientación cuantitativa, de forma fragmentaria, hipotética y racionalmente sintética, pero nunca absoluta.¹

1 En el plano económico las fuentes de este pensamiento se encuentran en la teoría de la mano oculta de Adam Smith y para el orden jurídico y sociológico en el utilitarismo forzoso de Jeremy Bentham. Didier Erne afirma:

"El pecado intelectual de Adam Smith es la creación de una ciencia económica científicamente separada de otros campos del pensamiento. En lugar de hablar de una ciencia de la economía política, la economía se abstrae de su contexto creativo. El *Homo economicus* es sólo una abstracción. La mano oculta es una perversión de la providencia y el cálculo económico es una perversión de la buena gestión de la creación por parte del hombre. De hecho, hablar de la mano oculta equivale a decir Xmas por Navidad: la providencia está tachada. El neoplatonismo y las matemáticas constituyen la teología y la jerga teológica de esta religión sin Dios y sin verdadera razón." (Comunicación del 18 de diciembre de 2018.)

En realidad, el pensamiento de Kant no hace más que retomar el espíritu de la Ilustración por sí mismo. La estructura dualista neoplatónica de Kant es, de hecho, sólo una racionalización cuyo propósito es excluir al Dios de la Biblia. De joven, en la escuela pietista donde estudió por primera vez en Königsberg, Kant rechazó la revelación cristiana y pasó toda su vida justificando este rechazo. Para él, el derrocado dualismo neoplatónico no era más que una construcción intelectual que daba una justificación racional a esta locura.² Para comprender plenamente las implicaciones de tal elección ideológica, es necesario considerar las implicaciones para la mente binaria y antisensible de la Ilustración de tal oposición moderna (ahora clásica) entre :

- Una historia religiosa (bíblica) mítica y legendaria envuelta en "hechos" pseudohistóricos
- y otra historia que sería "real": una historia a la vez profana, secularizada y en completa oposición a los relatos míticos de la Biblia. Esta historia estaría constituida por hechos identificables fácticamente que son al mismo tiempo razonables, datables y medibles estadísticamente de manera "científica", pero cuyo significado "nouménico" absoluto sólo podría escapársenos.

Pero tal oposición dualista, fundamentalmente neoplatónica, entre dos dominios de pensamiento, es obviamente más antigua que Kant. Se remonta al menos al intento subjetivista del cogito cartesiano y a la invención por parte de las nuevas ciencias de la matematización de la naturaleza. El gran poeta-crítico angloamericano, T. S. Eliot, no fechó la ruptura del nouménico y los fenómenos desde finales del siglo XVIII, sino desde la revolución científica de principios del siglo XVII, formulando así el verdadero alcance de esta revolución: La oposición del sentido y la sensibilidad: la oposición del sentido (la inteligencia de lo único cuantitativamente medible, la matematización del mundo) a los sentidos (la sensibilidad humana).

Sentido—"sentido-verdad" (son las matemáticas, la razón purificada de toda falsificación por la sensibilidad percibida como intrínsecamente engañosa; inteligencia cuantificable, ella sola infalible, intrínsecamente opuesta a la "sensibilidad-emociones" (la sensibilidad, la vida afectiva, las artes, la religión, etc., todas fuentes, en diversos grados, de errores noéticos fatales).

En esta perspectiva dualista platónica (y posteriormente neoplatónica), la verdad se encuentra obviamente del lado de las matemáticas. El resto, fuente de infinitos errores, tiene poca importancia en lo que respecta a la verdadera inteligencia del mundo.

Pero en las fuentes de nuestra historia moderna, esta oposición se remonta aún más allá de lo que el poeta, dramaturgo y crítico literario y cultural T. S. Eliot predijo con tanta lucidez. Para comprender la naturaleza fundamentalmente venenosa, antinatural, anticristiana y anticreativa de nuestra Modernidad, debemos remontarnos a Guillermo de Ockham en el siglo XIV, quien opuso los universales a los individuos de la manera más radical: lo UNO a lo MÚLTIPLE. Pues fue Ockham quien nos privó de las claves del verdadero conocimiento al arrojar los universales fuera del orden de la inteligencia, en beneficio exclusivo de un mundo atomizado en un número infinito de individuos, sin cola ni cabeza, salvo las leyes matemáticas de la nueva física.

Pero todo esto se remonta, en definitiva, a la antigua gnosis de los primeros siglos de nuestra era y, aún más atrás, a su antecesor, ese neoplatonismo cuyas diversas y nefastas consecuencias nos presenta Rousas Rushdoony de forma tan clarividente. De hecho, como indica al principio de su

² Agradezco a Didier Erne estas aclaraciones y la recomendación de dos importantes libros, Peter Gay, *The Enlightenment: An interpretation*, volumen I. El surgimiento del paganismo moderno (1966); Volumen II. *The Science of Freedom* (1969), W. W. Norton, Nueva York y Gary Dorrien, *Kantian Reason and Hegelian Spirit*, Wiley Blackwell, 2015.

estudio, este dualismo que opone el espíritu a la materia, tiene su primer origen en la autonomía del hombre, la de la toma por parte de Adán del fruto prohibido, cuya elección convirtió al hombre—a sus ojos—en un dios. Así se convierte en el único creador de sentido y en el organizador autodivinizado de un tecnocosmos hecho a su imagen y semejanza, la de una criatura dotada de razón, pero sin Dios ni Ley. El resultado será un Gulag concentracionista que extiende su red universal sobre el mundo cada día más, cubriendo gradualmente el planeta con una red que está convirtiendo el mundo entero en una Babilonia sin Dios, sin orden creativo, sin ley divina.

Sin embargo, no debemos oponer—como hace el hombre al rebelarse contra el verdadero Dios, que es único y trinitario a la vez—lo UNO y lo MÚLTIPLE, la Unidad de la Esencia divina a la Trinidad de Personas, cada una plenamente Dios y cada una distinta de las otras, sino mantenerlas unidas. El pensamiento bíblico mantenía así unidos lo UNO (los universales) y lo MÚLTIPLE (la diversidad de las criaturas).

El pensamiento griego antiguo también buscaba esto. Pero sólo de forma parcial, con constantes fallos, a veces del lado del Uno, a veces del lado del Múltiple.

- En la tradición platónica (y neoplatónica), las ideas puras (en última instancia, las ideas matemáticas) constituyen la esencia de la realidad; la multiplicidad de criaturas es, según esta perspectiva, un error del que el hombre debe liberarse y una naturaleza que ha caído en la separación mortal del único bien, el Uno.
- Pero la verdadera materia física (la que se puede tocar, ver, oír, sentir) no puede pertenecer al dominio de la ciencia moderna, que pertenece únicamente a lo cuantificable; está constituida por una masa de números y fórmulas matemáticas. Para el platonismo y el neoplatonismo, el enemigo a vencer es esta existencia material que inevitablemente diferencia los objetos, rompiendo la absolutización idealista de su unidad por su misma diferenciación.
- La ciencia moderna—heredera de esta tradición gnóstica platónica y neoplatónica—no puede respetar, ni siquiera tener en cuenta, estas criaturas materiales individualmente únicas, porque su método compositivo y resolutivo (el solvens et coagula de los esotéricos) disuelve su naturaleza propia para reducir las (¿transformarlas?) en fórmulas matemáticas que ordenan un campo de inercias y fuerzas perfectamente unificadas intelectualmente.
- Sin embargo, los griegos tienen una tradición distinta a la platónica: la de Aristóteles, que criticó duramente el dualismo de Platón (su primer maestro), así como su noción de ideas "puras", ideas libres de todo contacto con el malvado mundo material. En estos puntos (y en otros), su pensamiento era fundamentalmente opuesto al de Platón. Platón defendía (ciertamente con razón) la existencia de universales, nociones generales que unen a los individuos de un mismo género, especie, elemento químico, etc., en una naturaleza (una forma) que les es común. Pero donde Platón buscó sus universales fuera de la creación (en los mitos y en la matemática ordenadora del cosmos. Fueron purgados de aquellas distracciones producidas por la sensibilidad humana que impiden a los hombres alcanzar el verdadero conocimiento del Uno universal perfecto, el de las matemáticas, tanto para Platón como para los modernos.
- Aristóteles buscó los universales, no en las nubes de los mitos platónicos, ni en las alturas "purificadas" de las matemáticas, sino aquí abajo, en este mundo tangible, donde son incorporados por el Creador a las cosas existentes. Esta creación, a los ojos de Platón, estaba en cambio intrínsecamente viciada por su multiplicidad, causada por este carácter tangible de los seres individuales "materiales" accesibles a nuestros sentidos engañosos. A Platón le interesaba la idea eterna e intangible del gato, su propia esencia discernible en

cada felino, y no simplemente en todas las clases de gatos individuales (como hace el empirismo). Estos gatos individuales, por su diferenciación individual, no podían para el platonismo formar parte de la verdadera ciencia, la de las ideas solamente.

- Aristóteles, animado por una mayor modestia, buscó los universales, no en un pensamiento divino, para él inaccesible (no tenía la Biblia), ni en los mitos, ni en las ideas "puras" por excelencia (las matemáticas), sino en el orden de la creación misma, en lo que más tarde se llamó las "formas sustanciales", las de los seres concretamente existentes. La "forma" que representa lo universal; la "sustancia", lo "substancial", que representa el individuo material creado, el único directamente conocible por los sentidos (despreciados por Platón), y por la inteligencia hecha por su Creador para concordar con el orden de las cosas creadas, hechas perfectamente buenas por Dios. Así, Aristóteles buscó en las criaturas concretas de Dios su forma, una forma que unía a toda una rama de individuos, en una serie de planos esenciales en una naturaleza común. Descubrió estas "formas" no de forma empírica, sino de forma absoluta meditando en la naturaleza misma de las criaturas individuales concretas de Dios. Por eso llegó a una serie de importantes conclusiones metafísicas y morales (¡a diferencia de Platón!) muy similares a las definidas por Moisés en el Génesis y que se encuentran en toda la Torá, en toda la Biblia y en la naturaleza de las lenguas humanas creadas en su esencia por Dios para expresar la verdad. Esto es lo que he tratado de mostrar en mi libro *Creación, Biblia y Ciencia. Les fondements de la métaphysique, l'œuvre créatrice divine et l'ordre cosmique* (L'Âge d'Homme, Lausana, 2008).

Los pensadores cristianos han considerado a menudo (pero erróneamente) a Platón más cercano al cristianismo que a Aristóteles, con sus ideas divinas (matemáticas), su idea de una caída del espíritu único (¡en materia múltiple!), una pseudocreación por un demiurgo (aunque también una criatura) y una vida eterna del alma. Todas estas ideas "espirituales" platonizantes se oponían al llamado "materialismo" de Aristóteles con su doctrina de la eternidad de la materia, de la ciudad como institución a la que todos los ciudadanos deben adherirse necesariamente y, sobre todo, la de la desaparición de la vida humana al separarse el alma del cuerpo por la muerte. Estas ideas espiritualistas de Platón eran, de hecho, sólo intuiciones aproximadas de ciertas realidades doctrinales y dogmáticas de la revelación bíblica, pero que, de hecho, eran fundamentalmente ajenas a Platón. Tales "falsificaciones" filosóficas han seducido a muchos cristianos que se afanan en acercar el pensamiento griego—platónico y neoplatónico—al pensamiento bíblico. El linaje de este pensamiento fundamentalmente dualista va de Platón a Ockham, pasando por Kant y Schleiermacher. Es el espíritu del Anticristo: la negación de la humanidad de Cristo, de su Encarnación y también de la presencia inmanente del Dios trascendente en su creación y en la historia.

Todo esto es un poco esquemático, y en consecuencia no permite ver esta oposición franca y completa entre griegos y judíos, en el nivel de pensamiento que propugna el liberalismo teológico moderno. Esta oposición absoluta, afirmada por muchos pensadores cristianos modernistas desde su formulación decisiva por Adolf von Harnack (1851-1930), es históricamente insostenible.

Entre los griegos (e incluso en Aristóteles), la distinción entre dialéctica y retórica es más fuerte que en la Biblia. A menudo se convirtió en una oposición. En el pensamiento bíblico, la unidad entre la "dialéctica" (la búsqueda de la verdad) y la "retórica" (la búsqueda de la forma para expresarla, y luego el arte de la persuasión) es muy íntima.

- Los griegos conocían esta unidad entre forma y contenido por sus grandes poetas (Homero, por ejemplo), pero sobre todo por su extraordinaria herencia teatral. Pero tuvieron

dificultades para reunir, en una misma visión de la verdad, el pensamiento poético y dramático con el filosófico y científico.

- En la Biblia, a pesar de la gran diversidad de los escritos que contiene, esta unidad entre forma y contenido de significado, entre forma literaria y verdad, está presente en todas partes. Lo mismo ocurre en la literatura europea inspirada en la Biblia, tanto en la Edad Media (Dante, Deschamps, Rutebeuf, Langland, etc.) como durante la Reforma (por Theodore de Bèze, d'Aubigné y du Bartas); tanto en la tradición clásica (La Fontaine, Saint Simon, Racine, Molière, Pascal), en el siglo XIX (Dickens, Tolstoi, Dostoyevski, Urbain Olivier, etc.), como incluso hoy (Eliot, Bernanos, Corçao, Corti, Soljenitsyne, etc.)

Ahora bien, ¿los pensadores cristianos han rechazado simplemente el pensamiento filosófico para encerrarse en un mundo bíblico sólo concreto e histórico, existencial? Ni mucho menos. Los grandes pensadores cristianos siempre han escudriñado la herencia filosófica con mucho cuidado y han extraído de ella las herramientas conceptuales útiles para dos tareas específicas:

- a) definir bien el contenido del significado de la doctrina cristiana, y
- b) para poder refutar lo mejor posible a los herejes que, muy a menudo, derivaban sus desequilibrios doctrinales y sus desviaciones del depósito de la Fe de una adhesión unilateral a ciertas corrientes de pensamiento—incluido el neoplatonismo—o a ciertas doctrinas filosóficas.

Tomemos los dos polos de la exégesis patrística, Alejandría y Antioquía.

- Orígenes (de Alejandría), por ejemplo, trató de plegar los aspectos filosóficamente incorrectos—pero verdaderos—del cristianismo al dualismo platónico y gnóstico de su tiempo: construyó así un cristianismo superracional que era particularmente infiel al contenido del significado del depósito de la fe revelado por la letra de las Escrituras—especialmente a través de su sistema alegórico "racionalista".
- En cambio, Teodoro de Mopsuestia (de Antioquía) optó por una interpretación tan literal de la Biblia que prácticamente eliminó cualquier interpretación tipológica, metafórica o simbólica.
- Esta práctica fue adoptada posteriormente en gran medida por muchos puritanos y fundamentalistas, especialmente los que estaban detrás del pensamiento racionalista binario de Pedro de la Ramée. Entonces debemos considerar el modelo, tanto unívoco como dualista, de la ciencia moderna. También hay que mencionar aquí el extrañísimo literalismo irracional y contradictorio de John Nelson Darby que tanto ha marcado al evangelismo moderno.
- Agustín—para bien o para mal—se debatía por su parte entre su adhesión a la filosofía de Plotino y su apego a la Biblia. Fue el padre de muchas ambigüedades inherentes a la herencia teológica, filosófica y política del cristianismo occidental.
- Los más grandes teólogos cristianos (Ireneo, Atanasio, Hilario, Basilio, Gregorio de Nacimiento, Gregorio de Nisa, Juan Crisóstomo, Cirilo de Alejandría, Teodoreto de Ciro (por hablar sólo de los antiguos) tomaron de la filosofía griega lo que les era útil, pero nunca adoptaron los sistemas religiosos de los griegos.
- Hombres como Tomás de Aquino, Wyclif, Lutero, Calvino, Viret, Bullinger, Juan de Valdés, Vermigli, etc., hicieron lo mismo, con más o menos éxito. Pues el verdadero esfuerzo filosófico, que trabaja sobre datos establecidos por Dios mismo, puede en una medida limitada contener también cosas buenas, esto por efecto de lo que se llama la gracia general u orden creativo mantenido por Dios.

- Esto es incluso cierto en el caso del budismo y el hinduismo, que contienen algo de verdad, pero siempre de forma unilateral y parcial. Estos elementos de la verdad que podemos reconocer y recuperar completándolos y corrigiéndolos deben ser llevados cautivos a la sumisión a Jesucristo y a la obediencia a su Palabra.
- Ahora debemos hacernos una pregunta: ¿Por qué y cómo se ha llegado a la posición defendida por muchos teólogos modernos—principalmente de finales del siglo XIX y del XX—que establece una oposición tan absoluta entre griegos e israelitas, entre la filosofía griega y el pensamiento bíblico? Hay que admitirlo: los universales son la bestia negra de los modernos. Los universales en teología significan dogmas, doctrinas, leyes, todos conceptualmente formulables, tanto conocibles por la razón renovada como inmutables. Todo el pensamiento bíblico está estructurado doctrinalmente, incluso en sus formas más concretas, poéticas y figurativas, por universales, es decir, dogmas y doctrinas de todo tipo.
- Para nuestros modernos, estos deben ser eliminados y—¡si lo logramos!—hacer de la Biblia un libro puramente espiritual, sin unidad, sin estructura, sin universales, sin doctrinas, sin dogmas y sin leyes. En definitiva, la Biblia debe situarse en la incierta esfera de las nubes nouméricas de Kant.
- En efecto, se trata de un dualismo de tipo neoplatónico, pero esta vez puesto al revés, de cabeza. En esta perspectiva, la Biblia, que es la Luz del mundo, ha vuelto a la oscura caverna platónica de las realidades materiales, la creación y la revelación bíblica, encerrándose en la penumbra de lo incognoscible, lejos de la claridad de las luces últimas de este mundo perdido, las que no tienen parangón en las matemáticas.

¿Cómo pudieron nuestros teólogos idealistas del siglo XIX hacer semejante inversión? Es aplicando a la Biblia el esquema kantiano del dualismo de lo noumérico (conceptualmente inexpresable) y lo fenomenal (aprehensible por la ciencia moderna, pero privado de cualquier significado que no sea cuantitativo). Así, la Biblia quedó relegada al puro dominio de lo emocional, lo místico y lo existencial, es decir, lo no doctrinal y lo no dogmático, el reino de lo conceptualmente incognoscible, por decir lo menos, lo irracional. De ahí el perfecto engaño del título que Karl Barth dio a su obra principal: *Dogmática Eclesiástica*. Recordemos que este pensador existencialista, cuya dialéctica nominalista hacía imposible cualquier formulación conceptual estable de los dogmas inmutables de la doctrina cristiana, llamó a su obra principal Dogmática, ¡una certeza estable que es todo lo contrario de la pendiente constante de todo su pensamiento!

- Los griegos fueron así, en apoyo de una causa antidoctraria y antibíblica, tachados de un pensamiento puramente abstracto y teórico del que se excluía la historia y la existencia personal, el significado de los hechos individuales, lo que constituye una visión perfectamente errónea de la rica complejidad de la herencia helénica.
- De la misma manera, los hebreos se caracterizan, en apoyo de la misma causa antidoctrinal y antibíblica, por tener un pensamiento sólo concreto, no conceptual, histórico, existencial y personal, una realidad noumérica de la que nada conceptualmente verdadero podría surgir, y por lo tanto ninguna doctrina o dogma eterno.

Siempre volvemos al dualismo neoplatónico, como tan bien lo vio Rousas Rushdoony: a la oposición binaria de sentido versus sensibilidad, tan bien señalada también por T. S. Eliot como el fundamento mismo de la Modernidad científica. El racionalismo fenoménico matemático-científico empírico se contraponen entonces, de manera implacable, a la sensibilidad humana, quedando esta última relegada a priori al mundo de lo cultural y lo religioso, este noumérico de un peso insignificante de la verdad en comparación con la Ciencia. Pues este noumenal religioso (¡aquí con pretensiones cristianas!) es anticonceptual y, por tanto, intrínsecamente irracional. Este dualismo

nominalista, como hemos visto, está, pues, al mismo tiempo en la base del proyecto moderno y constituye el marco mismo de todo su desarrollo.

De este modo, la Modernidad pretende ahogar la crítica de una Biblia llena de verdad, concreta e histórica, conceptualizable y doctrinal al mismo tiempo. Esta verdad conceptual bíblica inherente a la historia de la salvación se aplica teológica, metafísica, ontológica y éticamente a todos los ámbitos de la creación y de la vida humana. De este modo se ha pretendido—y en gran medida se ha conseguido—hacer inoperante la Biblia, irrelevante y poco amenazante para una Modernidad sin Dios, sin orden de creación, sin universales estables, sin dogmas y sin ley moral o jurídica, y por tanto privada de todo sentido racionalmente formulado.

Hemos hablado aquí de un pensamiento hebreo auténticamente bíblico. Pero el pensamiento judío desde el primer siglo de nuestra era ha sido muy diferente: talmúdico, cabalístico, esotérico, crítico, racionalista e irracional, desprovisto de todo arraigo, tanto en la realidad de este mundo como en la propia Biblia, máquina crítica de un intelecto judaico desarraigado, sólo capaz de fabricar un sentido puramente virtual, fuera de toda realidad. Así se convirtió en la fuente, nos atrevemos a decir, de la mayoría de las herejías religiosas, culturales y políticas que han surgido en el mundo desde la destrucción de Jerusalén por las legiones romanas en el año 70 de la era cristiana.

Concluamos nuestra introducción a este libro tan esclarecedor citando una vez más a su autor, Rousas John Rushdoony, con palabras de los dos apéndices al final del libro. En primer lugar, la conclusión de la primera sobre "Neoplatonismo y feminismo":

Desde una perspectiva bíblica, tanto el hombre como la mujer son igualmente criaturas de Dios; ambos son aptos para pecar y para ser hechos justos por Jesucristo. No es el hecho de que estén hechos de materia lo que los hace pecadores, sino su rebelión voluntaria contra Dios. El pecado comienza con el deseo de ser Dios, de establecer para uno mismo lo que es bueno y lo que es malo (Génesis 3:5). Así, la manifestación del pecado puede ser tanto espiritual como física. En cada caso se trata de hecho de un pecado (p. 65).

Citemos entonces algunas palabras de su apéndice final, "Neoplatonismo y economía". Hablando de la naturaleza conflictiva de la economía moderna, tanto liberal como socialista y comunista, una visión que se opone a la de la armonía de intereses propia de cualquier sociedad bien regulada, escribe Rousas Rushdoony:

Las raíces de esta creencia en un conflicto de intereses tan fundamental son dualistas y provienen de la ideología neoplatónica que hemos estudiado. Si toda la realidad está dividida entre la inteligencia y la materia, dos formas de ser ajenas y opuestas, su unidad dialéctica representa un estado constante de tensión y conflicto. Resulta inevitable que la esencia de la vida radique en un conflicto de intereses. Este conflicto estará tan profundamente arraigado en la estructura misma del ser que la vida estará en un estado constante de guerra civil, clase contra clase, grupo contra grupo, inteligencia contra cuerpo, etc.

Sin embargo, si se rechaza el neoplatonismo y se afirma la doctrina de la creación, existe una armonía esencial en todos los aspectos del ser creado por Dios. Dios hizo al ser enteramente bueno. Fue la caída la que introdujo el conflicto, y este conflicto es moral, no metafísico ni ontológico. Su causa es la rebelión del hombre pecador contra Dios. El conflicto es, en primer lugar, entre el hombre y Dios, y es esta lucha la que provoca la lucha primero dentro del hombre y luego entre el hombre y su prójimo. Por lo tanto, es un

conflicto no esencial, no necesario. Es un conflicto voluntario, que surge de una elección y no de la necesidad.

Cuando el hombre está en paz con Dios, también está en paz consigo mismo y con los hombres de espíritu benévolo. Entonces se podrá restablecer la armonía fundamental de intereses que fue el designio divino en la creación de todas las cosas.

Y Rushdoony concluye con una nota espiritual muy alegre que también suscribimos: Esta doctrina de la armonía de intereses también tiene implicaciones para nuestra vida de oración. Muchos cristianos rezan como si hubiera un inevitable conflicto de intereses entre ellos y Dios, como si lo que desearan como cristianos estuviera en oposición fundamental a los propósitos de Dios para ellos y que su intercesión fuera sólo una excepción a este desacuerdo. En realidad, cuanto más crece el cristiano en la gracia de Dios, cuanto más obedece la Palabra-Ley de Dios, mayor es la armonía entre sus intereses y la voluntad divina. El cristiano debe rezar cada vez más en función de esta armonía de intereses. (pp. 66-67).

Lausana, diciembre de 2018